



Sevilla a vista de pájaro. Litografía de Alfred Guesdon. 1860. La ciudad, todavía amurallada, ofrece una vista prodigiosa de su casco antiguo.

VIGENCIA DE LA PIQUETA Y LA MOTOSIERRA EN LOS CAMBIOS DEL PAISAJE URBANO DE SEVILLA

PABLO FERRAND

De todos los factores que inciden en los cambios del paisaje urbano de Sevilla, la piqueta, con ayuda de la motosierra, sigue siendo la protagonista indiscutible. Su voracidad destructora así lo demuestra. Sin esta función la novelera ciudad del sur no sería la misma. Tanto la piqueta como el hacha son herramientas muy bien consideradas desde antiguo por los regidores locales, gracias

a su excelente trabajo en el desarrollo y modernización de la ciudad; aunque muchas veces a costa de su legado arquitectónico y casi siempre a favor de la vulgaridad. Los derribos ocasionados por este utensilio clave se cuentan por miles, al igual que las talas de árboles por la motosierra, lo cual constituye una labor de tal índole que ambos emblemas merecen figurar en el escudo de la ciudad. Sería un escudo más completo y certero.

Durante siglos, la piqueta sevillana se comportó de manera natural, relajada, con un latido más propio de un ser biológico. Su compás recuerda al tictac del reloj ramoniano que va cavando la tumba. El hacha, su colega más cercano y antecesor de la motosierra, se adecuaba a las exigencias de sus habitantes, respetando huertas y jardines interiores de la ciudad. Y así llegamos a 1860, cuando se editan las dos vistas aéreas más hermosas de Sevilla, debidas al arquitecto y litógrafo francés Alfred Guesdon. Llevan por título "Sevilla a vista de pájaro" porque tienen como base las fotos captadas desde un globo, probablemente por Charles Clifford. Es el globo lo que falta en la litografía para hacerla perfecta. A pesar del pillaje de los franceses y la Desamortización, ambas litografías muestran con suave colorido un casco antiguo prodigioso, todavía amurallado y muy entero. Se divisan arrabales y el humo que suelta la Cartuja cuando ya era fábrica de loza. El puente de Barcas dio paso al de Isabel II, y en el Teatro San Fernando, anterior al Liceo y al Teatro Real, actúan las mejores voces. En barco y diligencia llegan los primeros grupos organizados de turistas europeos en busca del "exotismo" y el atractivo de una ciudad de leyenda.

Aún se mantenía la arquitectura sin arquitectos, que era en realidad un hermoso y variado aglutinante en el que sobresalen gran número de monumentos y edificios singulares. Era la armonía de un casco antiguo prodigioso. De esta arquitectura popular, con sus modestos patios, tejados y azoteas blancas, quedan los libros. Los de Carlos Flores o Fernando García Mercadal son documentos valiosísimos de lo que era -en palabras de Vicente Lleó- la verdadera esencia del urbanismo sevillano. La ciudad ahuecada es ahora opaca y desvirtuada. La Carta del Restauro de Brandi, en la cuidada edición de Alfonso Jiménez, nos llegó tarde, pero de haberlo hecho antes sería algo intrascendente en la ciudad de la piqueta. Sin embargo, los italianos intuyeron el valor artístico y económico de preservar la

arquitectura vernácula, adelantándose a la Carta internacional del mismo nombre, que es en realidad una ampliación de la Carta de Venecia. Ellos cumplieron en buen grado mediante la catalogación integral de los inmuebles de Bolonia, entre otras muchas iniciativas.

Cuando los munícipes se percataron del potencial económico y lucrativo que encerraba la piqueta, además de la repercusión populista en su ego, empezó el entrenamiento con el derribo de las murallas. A ello hay que añadir los desaguizados de la Revolución de 1868, que denominaron La Gloriosa y que tantos desvelos ocasionó al humanista Mateos Gago, académico y miembro de la incompetente Comisión de Monumentos, al no lograr detener el derribo de la iglesia de San Miguel. Fue el primer zarpazo perpetrado en la ahora irreconocible Plaza del Duque. García de Vinuesa fue el iniciador del derribo de las murallas y de sus puertas, quizás por eso se mantiene una calle a su nombre. Se trata de la primera gran barbarie del siglo XIX, otro gran triunfo de la piqueta, que Esteban Moreno Hernández explica muy bien en su libro *En torno a las murallas de Sevilla*. Los inmuebles uniformados de la época de José Gómez Otero y Balbino Marrón produjeron también un cambio en la estética urbana desde la segunda mitad del diecinueve, como puede verse en lo poco que resta de este arquitecto en la Plaza Nueva o en la del Cristo de Burgos. Posteriormente, las etapas del alcalde "Palanqueta", como llamaban en Sevilla al conde de Halcón por su afición desmesurada a los ensanches, fueron nefastas. Entre sus celebrados éxitos figuran el derribo de los Caños de Carmona en 1912, el café Novedades por el ensanche de la Campana, y el compás del convento de San Pablo.

La corriente regionalista, tan unida a la Exposición Iberoamericana de 1929-1930, dio trabajo a la piqueta, pero imprimió a la ciudad un semblante agradable de fácil integración basado en lo tradicional. Supuso el resurgimiento de la artesanía

aplicada a la arquitectura: cerámica, herrajes, artesanados, la talla del ladrillo y otras muchas cosas que supo valorar Alberto Villar Movellán en sus libros sobre el regionalismo. Hubo también sonados desaciertos: la mutilación de los jardines de Cristina para el hotel del mismo nombre, que provocó el disgusto de Alfonso XIII por la perspectiva perdida; y dos agresiones para el ensanche de la que hoy es la avenida de la Constitución. Así, piqueta en mano, Miguel Primo de Rivera, rodeado de público, teatralizó el primer piquetazo al colegio de Santo Tomás, de donde proviene el óleo *Apoteosis de Santo Tomás* de Zurbarán. Cayó también el colegio de Santa María de Jesús, quedando sólo la Capilla de la Puerta de Jerez. En 1958 se demolió el colegio de San Hermenegildo, y fue Joaquín Romero Murube, entonces conservador del Alcázar, el que salvó la iglesia presentando la orden de paralización cuando ya estaban retirando las tejas. Es, por tanto, a finales de los 50 del siglo XX cuando la piqueta empieza a resurgir hasta convertirse en los sesenta y setenta en el símbolo principal del progreso y la codicia. Entonces, a punto de erigirse en figura mitológica, logra destruir San Julián en tiempo récord: el barrio de tradición almohade por excelencia.

Se aplaca de esta manera el nerviosismo de los gestores del patrimonio ante la cercana declaración de Conjunto Histórico-Artístico en 1964. En el gigantesco solar generado,



El bar Baturones es lo único que destaca en la foto de este gran solar después de su expolio a mediados de la década de los sesenta. Archivo ABC

sin arqueólogos ni nada, destacaba la silueta del bar Baturones. La zona verde prometida quedaba reducida a unos arriates que acabaron como aparcamiento. El impacto de los anodinos bloques cambió radicalmente el aspecto del entorno, junto a la muralla y el templo de San Hermenegildo. Como Sevilla tiene su particular manera de interpretar o burlar las leyes sobre el patrimonio cultural, fue a partir de 1964 cuando la piqueta hace su mejor papel, el más agotador, alcanzando el nivel de objeto de culto. La transformación del paisaje urbano no tenía entonces parangón. No se trataba ahora de ensanchar sino de producir solares, lo que llevó a decir a Joaquín Romero Murube que "aquí no hay calle sin pecado".

Hasta 300 casas se echaron abajo al año, según José García-Tapia. La piqueta cogió carrerilla y no ha parado, igual que una ola: momentos sosegados y otros muy potentes. Durante el desarrollismo cayeron palacios, teatros, conventos, alguna iglesia, plazas enteras como la del Duque con tres palacios, o la de la Magdalena, que para el escritor Valery Larbaud era la más bella de Sevilla, como cuenta Jacobo Cortines. Se derriba el Teatro San Fernando y el mercado de la Encarnación (Melchor Cano, 1833), que Fernando Chueca definió como el más moderno de su época. Tiraron la Casa de los Tavera sin pasar por la Comisión, en 1963 y en pleno verano, la estación tradicional para estos despropósitos. Tras las vacaciones vienen las sorpresas. En 1851 el vizconde de Vigier incluyó una foto de este palacio en el álbum de vistas de Sevilla por encargo del duque de Montpensier. Entre los escombros de esa extraordinaria casa salvó Joaquín Caro Romero la veleta. Marchaba a buen ritmo el disparate de Los Remedios y, al mismo tiempo, como apunta Jacobo Cortines, "el ejemplo de esos desalmados-promotores, propietarios, arquitectos, políticos- cundió entre otros, que consiguieron expulsar de sus barrios a buena parte de los más humildes y ubicarla en una desolada periferia que no ha cesado de crecer sin orden ni concierto".



Del antiguo Colegio de San Hermenegildo, demolido en 1958, solo queda en la imagen la iglesia. La torre de esquina es la del palacio de los Guzmanes, derribado en 1965, donde hoy se halla el Corte Inglés. Archivo ABC

De esos derribos, desde los años cincuenta dan fe las reveladoras fotografías de Joaquín González Moreno; y desde los años sesenta, las de Jesús Martín-Cartaya, ordenadas por Álvaro Pastor. De 1976 a 1984 publica Antonio Burgos la monumental serie diaria *Casco antiguo* en ABC de Sevilla. En 2006 se edita *Sevilla. El Casco Antiguo. Historia, Arte y Urbanismo*, cuyo autor, Diego A. Cardoso, explica y muestra imágenes muy significativas. Es evidente, por tanto, que la "protección" de 1964 sirvió de bien poco. En el plano, la línea principal del perímetro a proteger marca unos quiebros caprichosos, aunque más sospechoso es el trazado de la otra línea discontinua llamada de respeto, porque su contorno encierra zonas a punto de desaparecer como la Plaza del Duque. Naturalmente, había que dejarle sitio a la piqueta, de modo que el plano del 64 dejó a Triana sin líneas de protección.

En los años 70 ocurrió algo insólito: la demolición de un inmueble declarado monumento nacional, como se decía entonces. Nada menos que la Casa Profesa de la Compañía de Jesús -fundada en 1554- y con todas las bendiciones de los gestores culturales. Inexplicablemente iban desapareciendo las fundaciones jesuíticas, ya que también falta hoy el colegio de Villasís

y el ya citado colegio de San Hermenegildo. Parecía una segunda expulsión. De la Casa Profesa queda de momento en pie la Iglesia de la Anunciación, trazada por Hernán Ruiz el Joven. En su lugar se construyó con poca maña la Facultad de Bellas Artes. Se destruye una obra de arte para enseñar arte. Tampoco se respetó la excelente fachada de José Gómez Millán.

Para tales fines, la Academia de Bellas Artes contaba con un arquitecto que desempeñó una primera etapa interesante y al que le reservaban los solares más deslumbrantes, aquellos que ocuparon edificios de gran singularidad. Parece que estapredilecciónprovocólosrecelosdeotros colegas que se sentían menos favorecidos. Además, la cosa venía de antes, pues José Galnares tuvo el privilegio de construir en el solar de varias naves de las Atarazanas del rey Sabio tras su derribo en 1945. Allí se alzó su proyecto de la Delegación de Hacienda, demoliéndose también la fachada de la Aduana que cerraba el edificio frente al río. La portada estaba considerada por Antonio Sancho Corbacho un ejemplo único del neoclasicismo sevillano. Sus sillares, que se sepa, deben estar todavía en el Museo Arqueológico local. En la actualidad se repite algo parecido en el terreno natural, pues al ficus gigante que dibujó Fernando

Chueca en 1983 junto al templo de San Jacinto de nada le sirvió su catalogación: la falta de mantenimiento y el entusiasmo desmedido de la motosierra lo dejó seco para siempre en recuerdo de lo que no se debe hacer. Algo similar, en otra dimensión y contexto histórico, al templo Memorial al Kaiser Guillermo I en Berlín.

En medio de estos desmanes, la Comisión de Patrimonio, habituada a la rutina de la piqueta, estaba entonces en la Academia de Bellas Artes, que tenía su sede en el Museo de Pinturas. Y la forma de tranquilizar la conciencia era la de recolocar algunas de las piezas indultadas de monumentos cuyo derribo permitían, porque otras eran alimento de anticuarios y piezas para coleccionistas, además de las que se llevaron a otros lugares. Así, las columnas de la derruida casa renacentista de los Céspedes decoran el exterior del hotel que hay en su lugar. Y el mejor artesanado de la casa de los Tavera luce en el museo de Bellas Artes. Era el gran baile de portadas, columnas, artesanados y herrajes generado por la piqueta. Un tesoro desperdigado. James Stewart reunió buenos ejemplos de estos hierros. En la Sevilla de los 60, entre ruido y polvo, iban proliferando los solares. En cierta ocasión, quizás antes, entró en



Derribo del Teatro San Fernando en 1973, el más importante y de mayor aforo de la ciudad. Diseñado por los ingenieros Gustavo Steinacher y Pablo Rohault de Fleury, fue inaugurado en 1847. Era el primer edificio de estructura de hierro en Sevilla. Antonio Barrionuevo

el departamento de Historia del Arte de la Hispalense el insigne historiador Diego Angulo Íñiguez mientras los profesores

debatían sobre el impacto de la Torre de los Remedios. Con la autoridad y seriedad que le caracterizaba vino a decirles que en vez de preocuparse por la nueva torre se ocuparan más de la conservación del casco histórico.

Llegó posteriormente a Sevilla Adolfo Marsillach para dirigir teatro clásico. Lo que vio en esos días le hizo decir a la prensa que cuidaran la fisonomía de la ciudad. Ya Romero Murube, amigo de Cernuda, había dicho que el “mejor negocio de Sevilla es conservarla”, y que con su destrucción se mataba la gallina de los huevos de oro. Pasaron planes de ordenación urbana como el PRICA para seguir degradando la ciudad con patios abiertos a la calle, mayor altura edificatoria y gran cantidad de derribos. La piqueta ya estaba en el ADN de los sevillanos sin ellos saberlo: es imposible pararla. “Sevilla es conservacionista, pero del recuerdo de lo que fue”, dice atinadamente Ana Ávila. Es la ciudad de las viejas postales y de las sevillanas del recuerdo.

La necesidad de frenar esta destrucción sistemática y las denuncias del Colegio de Arquitectos, unido a las nuevas directrices conservacionistas de Francia e Italia, originó un cambio de mentalidad. Y en 1980 el Ayuntamiento, con la intervención de Víctor Pérez Escolano y otros arquitectos, estableció un ambicioso programa de catalogación de edificios inspirado en el de Bolonia, ciudad cuyo casco antiguo es similar en tamaño al de Sevilla. Funcionó bien al principio, pero se volvió a la afición de proteger y desproteger según interesara. Han pasado más de 40 años desde esos inventarios y el deterioro continúa ante la incalificable negligencia administrativa. En la actualidad, Bolonia es un ejemplo de preservación, mientras Sevilla ha perdido desde el siglo XIX hasta ahora más de la mitad de su patrimonio, en palabras del recordado Enrique Valdivieso, que tanto hizo por el arte sevillano. Aunque hubo luego interesantes reconstrucciones como la Casa de las Sirenas o la de los Marqueses

de La Algaba, se ejecutaba al mismo tiempo el muy criticado Plan Urban, que cambió la faz del barrio de San Luis. Quince asociaciones se unieron para la protesta. Volvía el drenaje y la higienización del XIX con imágenes similares a un bombardeo. Y entre tanto, edificios como el racionalista Mercado de la Carne, continúan en proceso de ruina.

La Corta de la Cartuja, con la ordenación de los terrenos resultantes, propició la exposición Universal de 1992 y una mejora de la red de carreteras, pero apenas se ocupó del conjunto histórico. La piqueta no paró y se desvirtuaron monumentos por la excesiva huella del ego de los arquitectos-estrella. El techo la Colombina se hundió durante las obras de restauración, afectando a incunables, y no pasó nada. Se cerraron las puertas del patio de los Naranjos, ya muy alterado al igual que el entorno del río por el "efecto Expo". La torre Pelli es ahora Torre Sevilla, como si la Giralda no existiera. Dejó a Triana y a la calle Betis fuera de escala y la motosierra tuvo que talar casi doscientos árboles para su construcción, que infringió numerosos puntos de la ley. Al mecano gigante en forma de setas tuvieron la osadía de rotularlo como plaza mayor, cuando ese privilegio corresponde a la de San Francisco por antonomasia. Produjo cambios radicales en el entorno y afectó al yacimiento arqueológico. El autor del desaguisado del Palacio de San Telmo llegó a decir: "Con la ley de Patrimonio mi proyecto no se puede realizar; habrá que cambiar el proyecto o la ley". Y no pasó nada. Clavó una torre en el lecho del río, algo inaudito, y borró el aire medieval contenido en las Atarazanas, lo que Santiago Amón definía como el alma de las antiguas construcciones.

La Caridad crujió durante las obras, abrió azulejos e infinidad de grietas, mas el consiguiente pacto de silencio. En las comisiones funcionan las consignas y los miembros conservacionistas no tienen voto. Y como los órganos culturales consultivos y la Universidad callan, todo queda, como

decía Pedro Navascués, "en tertulias de salón". Dejadez, cobardía, desidia o lo que Rafael Manzano –al que tanto le debe Sevilla- señala como el gran problema: "La insensibilidad a la fealdad". A lo que Vicente Lleó añade: "Un historiador o erudito puede ser perfectamente insensible a lo feo". Del plan de 1946, el de los dos grandes ejes de ensanche, incluyó un archivo fotográfico que fue la base del libro "*Arquitectura civil sevillana*", de Francisco Collantes de Terán y Luis Gómez Estern. El libro sirvió para lamentar todo lo que iba desapareciendo en cada edición, marcada con D de derribos y también como guía imprescindible para los promotores. El mismo Ayuntamiento derriba lo que cataloga, al igual que pasa



Monumento natural a la desidia. El gran ficus "protegido" de la iglesia de San Jacinto es ahora un tronco maltratado y sin vida.

en los planes sectoriales de protección.

Cuando Fernando Mendoza entregó el de Triana ya habían destruido al menos 40 edificios del catálogo. Los planes tardan años en aprobarse y aún quedan varios,

como el de la Catedral y su entorno, con el peligro que eso entraña. La motosierra se ha equiparado a la piqueta. Se aprecia en la cantidad de talas y de alcorques vacíos y, sobre todo, en el arboricidio de un Parque de María Luisa alopécico por falta de mantenimiento. Su silueta ha cambiado por completo. Pronto llegará el centenario de la Exposición del 29 y habrá que cerrar la Palmera al turismo por vergüenza. Muchas casas regionalistas y sus jardines ya no existen y va perdiendo la estética que la hizo única en su género. En todo ello interviene un lenguaje que intenta ocultar, suavizar e incluso normalizar la degradación a base de eufemismos. En la palabra renovar cabe todo tipo de agresiones. Por eso el historiador Rafael Cómez, en uno de sus artículos puntualiza: "Renovar significa rehabilitar o restaurar". Para eludir la palabra derribar se emplea desmontar o sustituir, mucho más suave. Y el uso de "puesta en valor" es el que se le antoje al proyectista. Los ensanches son por higiene. Viene luego la falsa ruina, como el derruido patio de Basterra en San Telmo, o el uso de la "seguridad" tras el golpe seco de la grúa. En libros sobre arte se lee "edificio desaparecido" en lugar de derribado. Un premio sostenible le dio la cementera a las Setas; como verde y sostenible venden el Jardín de las Cigarreras, que es una gran losa de hormigón encima de un aparcamiento con arbolitos secos. Y como paseo, un entablado sobre la vegetación de la orilla con más arbolitos muertos. Sobresale un gran artefacto tipo seta que tapa la vista a los vecinos. Es sostenible, no necesita jardinero.

Es contradictorio que el vecino jardín de Altadis/Vera Sevilla comenzara con la tala de 13 árboles de gran porte; quizás por eso explica el diseñador que será un parque casi transparente "por seguridad". El Cubo a proteger pierde lo mejor y es ahora una U tendida sin fachada principal ni los bajorrelieves sobre el tabaco de la portada. Al eliminarse el vestíbulo, las interesantes pinturas de Delhy Tejero están ahora fuera

de contexto, y la afición al fachadismo resulta traicionada por esta "actuación" surrealista.

¿Y qué nos queda? Pues los adeptos a una piqueta y a una motosierra imparables, lo cual le hace decir a Vicente Lleó: "Resulta desmoralizador comprobar cómo una ciudad supuestamente refinada asiste y ha asistido impasible durante años al proceso de su propia destrucción". Queda lo más meritorio: la acción ciudadana de las asociaciones a favor del patrimonio cultural, sucesoras de Adelpha-Sevilla, la que fundaron Santiago Amón y José Luis Souto (profesores de la Asociación Ben Baso). Y así continúan en la brecha los profesores de Ben Basso, Adepa, Asociación Histórica Retiro Obrero, Velázquez por Sevilla, Amigos de los Jardines de la Oliva, Planuente, Andalus y Ecologistas en Acción, entre otras. Y las campañas de Joaquín Egea a favor de iglesias, conventos y casas, además de la recuperación del barrio de San Bartolomé por Ignacio Medina, duque de Segorbe, y los amplios informes de Manuel Jesús Florencio, David Gómez y su valioso archivo, y el importante papel realizado por Jesús Vozmediano en Doñana, entre otros ejemplos.



El proyecto de recuperación del Cubo –edificio principal de lo que fue fábrica de Tabacos- ha consistido en derruir lo más importante por su contenido: la fachada con sus bajorrelieves sobre la historia del tabaco y, sobre todo, el amplio vestíbulo decorado con las interesantes pinturas de Delhy Tejero, ahora fuera de contexto